Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

IX – Jaque al rey de Roma

30 – Por diez mil dinares más

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 30 – Por diez mil dinares más

"Como era de esperar, la aventura del plato de pescado, que ocasionó la muerte del pescadero -frito en su propia caldera por un tremendo Ibrahim desencadenado- trajo las consecuencias lógicas: un Abd El-Ahad, hijo del* babb *Abd El-Salîb, furioso por la muerte de su criado, el pescadero, y por haberse quedado sin sus pescaditos fritos, que, como recordamos, se los había llevado tranquilamente Ibrahim a la mesa en donde comían, invitados por el rey de Chipre. ¡Y cómo no! De nuevo un enfrentamiento a muerte entre nuestro Paladín de Doncellas y el hijo del rey, que acaba como el rosario de la aurora: con un Ibrahim y un Saad, luchando* shakriyyeh *en mano contra todo un ejército de* ghandars*, y con un final, totalmente inesperado, en el que dinares son dineros, y aquí no se perdona un céntimo; pero esta aventura nos la va a contar con todo detalle nuestro infatigable narrador…"

Mientras nuestros tres héroes estaban tranquilamente sentados y a punto de comer, el hijo del *babb* seguía aún en los jardines, embriagándose alegremente con sus compañeros, y esperando a que le trajeran sus pescaditos fritos. De pronto, vieron llegar a los patricios lanzando gritos y espantosos lamentos, y llevando el cadáver del pescadero a hombros.

– ¿Qué ha pasado, *ghandars*? –preguntó inquieto el joven príncipe.

– ¡Nuestro *babb*, es el hijo del Korani, que lo ha arrojado a su propia sartén y lo ha dejado *morto*!

Esta noticia sumió a Abd El-Ahad en un estado de cólera espantoso: gritó y vociferó, rugió y rechinó los dientes; soltó todas las maldiciones habidas y por haber, jurando hasta por sus muertos.

– ¡Por mi religión y por mi fe! –dijo echando espumarajos por la boca–, ¡por las oraciones que salmodian los sacerdotes y los monjes de los conventos de San Pedro, San Pablo y San Simeón, y por la barba del *rey pappa* Yauán, juro que he de *mantar la cabeza* del hijo del Korani para vengar la muerte de Tanbûbeh, el pescador!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Abd El-Ahad se irguió de un brinco, y armándose de pies a cabeza, saltó a su cabalgadura, imitado por sus compañeros y una parte de los patricios, mientras los demás corrían a buscar refuerzos a la capital. Seguido de su tropa, Abd El-Ahad se dirigió a galope tendido hacia el puerto, y enfiló recto adonde se celebraba el banquete. Mientras tanto, Ibrahim comía tranquilamente, fingiendo que no se había dado cuenta de nada.

– ¿Quién de vosotros ha matado a Tanbûbeh el pescadero, y robado mi fritura? –espetó a bocajarro el arrogante joven, sin tan siquiera bajar de su caballo.

– Yo –respondió Ibrahim, levantándose de la mesa.

– Ah, *marfûs*, ¿acaso no sabías que era mi criado?

– Pues sí, qué le vamos a hacer, primero me lo he cargado, y luego he preguntado quién era –prosiguió Paladín de Doncellas con una calma imperturbable–. Cuando me he enterado de que era tu criado lo he sentido mucho, créeme *babb*. De hecho, incluso cuando yo estaba comiendo, en un momento dado, he tenido algo así como una aparición: he visto su alma que andaba friendo pescaditos en alguna parte entre Saqar y el Valle de las Llamas: "Por favor, hijo del Korani –me ha dicho–, mándame pronto a mi señor para que me haga compañía…"

– ¡Ah, *marfûs*! ¡Arg, *kafurti kanayes*! ¡Así que también me pretendes *mantar*, a mí! ¡Pues bien, ahora veremos quién de los dos llegará a *mantar la cabeza* del otro!

Dicho esto, Abd El-Ahad se precipitó sobre Ibrahim espada en alto; pero éste, de repente, lanzó un grito atronador:

– ¡Espera un poco, pedazo de imbécil cornudo!

Sorprendido y estupefacto, el vanidoso joven dejó caer su arma.

– ¡Por el honor de nuestro señor Ali, que no pienso ensuciar mi espada con la sangre de un infiel como tú! –prosiguió Ibrahim.

Entonces, Ibrahim agarró a su adversario –que aún estaba a caballo– por un extremo de su coraza y con un golpe seco lo desarzonó, haciéndole morder el polvo.

– ¡Piedad, hijo del Korani! – gimió el otro.

– ¡No te preocupes! –remachó Ibrahim, pisándole la garganta con su pie calzado de acero.

Le aplastó con un buen pisotón, mientras sostenía a su víctima por las piernas; éste lanzó un postrer grito y entregó su alma. A la vista de este espectáculo, los patricios que le acompañaban comenzaron a golpearse el pecho, lanzando gritos de rabia.

– ¡*Marfûs*! –gritaban– ¡Tú, que has matado al hijo del *babb*, ni te sueñes que vas a salir de rositas de aquí! ¡Al ataque, *ghandars*!

– ¿A qué eperáis pandilla de cornudos? – bramó Ibrahim por toda respuesta– ¡Venid aquí, que os estoy esperando!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡Pero qué haces, Panza Búfalo! ¡Estás completamente loco! –se rebeló Saad– ¿Es que vas a declarar una guerra por una fritura de pescado? ¿Te has dado cuenta de cuántos son?

– ¡Cállate , Saad! –le reprochó Ibrahim, en un tono que no dejaba lugar a réplica– ¿Acaso no sabes que la vida y la muerte están en manos de Dios, y que nadie puede perecer más que a la hora fijada por la Providencia? ¡Vamos, ven, tú me guardas las espaldas, y yo te muestro lo que es una auténtica batalla!

Desenvainando con gesto soberbio su *shâkriyyeh*, la Devastadora, se arrojó, al grito de "¡*Allah akbar*! ¡Conquista, victoria y muerte a los infieles! ¡Por el amor al Profeta, el de la luminosa frente!" Con el corazón más firme que un afilado sílex, se lanzó a la batalla, haciendo volar cabezas como bolas de polo, y manos como las hojas de otoño; rajando en dos con su espada a los enemigos, y ensartándoles con su lanza. Y más tarde, cuando empezó a hacérsele el tiempo demasiado largo, inspirado por el calor de los combates, declamó estos versos:

Las enemigas tropas
por todas partes vienen
furiosas contra mí
rompen como un océano
mas sin temor ni miedo
yo afrontaré las olas
de esa mar furibunda
pues en el firmamento
una estrella cogí;
Mi espada guía Dios
contra el infiel ingrato
y me protege siempre
de los tontos y mentecatos
¡Cuántos caballeros
bajo mi cruel hoja
han perecido ahogados
en su maldita sangre!
Cuando el estallido del sol
refleja en las espadas
mi Dios, que Dios es grande
cuando los impíos tiemblan
y suenan las alarmas
¡Adelante! ¡Adelante!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡Sólo Dios es fuerte y poderoso! –suspiró Saad–. ¡Esta vez sí que la hemos armado buena! –Saad, al ver que no quedaba otra salida que el combate, desenvainó su *shakriyyeh* y se lanzó a la batalla, haciendo una enorme carnicería entre los infieles. A la vista de esto, Edamor, reuniendo a voces a sus mamelucos, saltó a su vez sobre su caballo y cargó, junto a los *fidauis* del Horân y del Baysân. Entre tanto, Yauán se frotaba las manos desde el fondo de su encierro.

– ¿Lo oyes, *figlione*? –le preguntó a Bartacûsh– ¡Por mi religión que suena de maravilla: andaba yo muy abatido estos días, y mira por donde hoy me siento rejuvenecido!

– ¡Pero bueno, *abbone*, qué ganancia sacamos nosotros de esa pelea!

– ¡Eh, eh, nada como una buena pelea para renovar la sangre! A mí, en la vida no hay nada que me interese más que sembrar cizaña, enfrentar a la gente; unos contra otros, provocar discordias. ¡Cuando no tengo nada mejor que llevarme a la boca, encierro juntos a perros y gatos para ver cómo se matan entre ellos!

Dejémosle a Yauán con sus divagaciones y regresemos a nuestros tres héroes: estos, apoyados por sus tropas, no tardaron en derrotar a sus adversarios. Entonces, mientras les perseguían pisándoles los talones, fueron a avisar a Abd El-Salîb de lo que pasaba:

– ¡Oh, *babb*, tu hijo ha sido *mantaro* por el hijo del Korani! ¡Ha estallado una pelea entre los musulmanes y tu ejército!

El rey montó a caballo inmediatamente y, seguido de los grandes de su reino, se presentó en el campo de batalla, y vio al capitán Ibrahim que andaba masacrando alegremente a sus soldados, igual que un lobo en un rebaño de corderos. Medio muerto de miedo, el rey chipriota se volvió hacia sus consejeros:

– Por mi religión –afirmó–, ¡hay que parar inmediatamente esa batalla, porque si no, el hijo del Korani es capaz, él solo, de exterminar a todo mi ejército! ¡Eso sin contar con que le acompañan el embajador del *rey* de los musulmanes y el de Federico, su sobrino Marín!

– Haz lo que te parezca más conveniente, *babb* –respondieron los consejeros sin comprometerse.

A todo galope, se acercó al lugar en donde se encontraba Ibrahim.

– ¡*Basta*, hijo del Korani! ¡Te libero del pago por la sangre derramada de mi hijo; seguro que algo malo te habrá hecho, porque de no ser así, nuestro Señor Jesucristo no te habría otorgado la victoria!

– ¡Piérdete, viejo carcamal! –le remachó el capitán Ibrahim– ¡Por la vida de mi padre, no pienso dejaros hasta que no se me haya devuelto la bolsa de dinero que he perdido durante la pelea! ¡Diez mil monedas de oro!

– Muy bien, yo te la devolveré –concedió Abd El-Salîb– Envaina tu *santa-maría* y te entregaré diez mil monedas de oro, además de diez ducados como indemnización.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Más calmado, Ibrahim perdonó a los francos que le quedaba por matar; por lo demás, todo el lugar estaba cubierto de cadáveres, hasta tal punto que aquello parecía un matadero. Ibrahim, entre cuyos activos estaba la mayor parte de la masacre, no quiso abandonar el terreno sin haber conseguido antes sus diez mil monedas de oro. Por fin, con los bolsillos llenos, se retiró hacia su tienda, bufando y gruñendo como un león hambriento.

– ¡Hay que reconocer que solo tú puedes conseguir un golpe así, Panza Búfalo! –exclamó Saad, entre la indignación y la admiración– Montar una trifulca y embolsarse diez mil monedas de oro ¡hay que echarle huevos!

– ¡Qué pasa! ¡Yo lo que hago es joderles un poco! –dejó caer Ibrahim con voz desdeñosa– Has de saber, mi buen Saad, que ¡si Dios ha dado bienes a los infieles, ha sido solo para enriquecer a los musulmanes!

Tras estas fuertes palabras, Ibrahim bajó de su fiel cabalgadura "La Saljadina! Y se sentó tranquilamente a la mesa.

– ¡No me lo puedo creer! –exclamó Saad– ¿Después de todo lo que has tragado, todavía tienes hambre? ¿Pero dónde metes tú todo eso?

– Ven aquí tú también, Saad: si lo que comes te sienta bien, entonces es que no te puede hacer daño. Y además, la pelea con esa panda de cabrones, me ha abierto el apetito.

Una vez que Ibrahim se quedó satisfecho, Edamor convocó a Abu Baker El-Batarni:

– Corsario de los musulmanes –le dijo–, ¡vas a aparejar ahora mismo el barco y levar anclas, y ni se te ocurra volver a tocar tierra desde aquí hasta Roma, si no queremos encontrarnos con más incidentes!

Sin esperar ni un minuto, recogieron el campamento y volvieron a embarcar en la Mansuriana, que cingló hacia alta mar, aventurándose allá donde entrechocan las furiosas olas.

Próximo relato de "Jaque al rey de Roma":

IX.31 – "El misterio de la Isla Esmeralda"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6